

la Martinica el 6 de diciembre, tenía intención de probar una expedición contra la Barbada; pero mientras que hacía sus preparativos, supo que el almirante inglés Barrington acababa de desembarcar cuatro mil hombres en la isla de Santa Lucía, que pertenecía entonces á la Francia. Esta isla solo tenía de guarnición cien hombres, y era preciso ir á socorrer: Estaing se embarcó el 14 de diciembre y fué á atacar la escuadra inglesa anclada cerca de la costa. El cañoneo que hubo desde largas distancias no tuvo resultado alguno; y el almirante francés efectuó, seis días despues, un desembarco de tropas en otro punto de la costa; pero no pudo introducir socorros en la fortaleza embestida ya por los Ingleses. Las bajas causadas en sus filas por el fuego de sus baterías le determinaron á volver á embarcar sus tropas; y el gobernador de Santa Lucía capituló cuando no tuvo esperanzas de que la socorriesen. La adquisición de esta isla aseguraba á los Ingleses una buena plaza de armas y un apostadero para sus fuerzas navales; aumentaron sus fortificaciones, pusieron en ella una numerosa guarnición, y la escuadra del almirante Byron fué á anclar allí algunos días despues. Estaba en estado de vijilar los movimientos marítimos de la Martinica y del canal intermedio, y durante muchos meses se estaban observando unos á otros sin emprender en las aguas de las Antillas nuevas expediciones; pero la situación de las fuerzas navales que se habían dirigido hácia este archipiélago tuvo alguna influencia sobre las operaciones militares que iban á practicarse en los Estados Unidos.

Convenia á la Gran Bretaña aproximar y combinar entre sí las fuerzas que podía hacer obrar en las Antillas y en el continente; y para conseguir este objeto, mandó el general Clinton embarcar en Nueva York, para la Jeorjia, un cuerpo de dos mil y quinientos hombres, mandados por el coronel Campbell. El 23 de diciembre, la escuadra del vice-almirante Hyde Parker, los desembarcó en la embocadura del Savannah. Esta in-

vasion era inesperada; la provincia estaba indefensa y la ciudad de Savannah solo tenía una débil guarnición. Reunieron apresuradamente los Americanos las pocas fuerzas de tropas arregladas y milicias que se encontraban en los alrededores y probaron de cubrir las cercanías de la plaza. Pero observando Campbell que habían dirigido hácia el ala derecha sus principales medios de defensa, mandó atacar con vigor el ala izquierda: al mismo tiempo la hacia envolver por un destacamento considerable; y este doble ataque, habiendo introducido el desorden en las filas americanas, hizo cesar la resistencia en toda la línea: se desbandaron y los Ingleses se apoderaron de Savannah, que Campbell tuvo la fortuna de preservar del saqueo, aunque hubiese entrado en ella á viva fuerza.

Acarreó esta reduccion la de todo el norte de la Jeorjia y en ella estableció el vencedor su autoridad pacíficamente; una parte de los habitantes se sometieron á la autoridad real; los demás se refugiaron á la Carolina. Al mismo tiempo atacaba al mediodía un cuerpo de tropas inglesas que salió de la Florida oriental, á las órdenes del jeneral Prevost: se apoderó del fuerte Sunbury, contra el cual también marchaba Campbell, y allí se juntaron ambas columnas.

Pronto siguió á la expedición de Jeorjia una tentativa de invasión en las Carolinas. En Nueva York se embarcó un destacamento británico bajo las órdenes del mayor jeneral Gardiner, para ir á atacar la isla de Port-Royal; pero los Carolinienses le rechazaron; y los Ingleses, antes de volver á la carga, procuraron hacer sublevar en su favor un gran número de descontentos que se hallaban á la sazón en los países superiores de la Carolina. A fin de secundar sus movimientos, subió Campbell el río hasta Augusta; pero sus partidarios, quienes acababan de tomar las armas, habiendo sido derrotados por el coronel americano Pickins, regresó él mismo y volvió á tomar su primera posición. Por otra parte le estrechaba la aproximación de las tro-

pas que el congreso enviaba para socorrer á la Carolina; el jeneral Lincoln, que las mandaba, fué á acampar en Black-Swamp, cerca de las orillas del Savannah. Su intención era empujar hácia el litoral las tropas inglesas que costeaban la orilla derecha del río. Allí mando pasar un cuerpo de dos mil hombres, á las órdenes del jeneral Ashe, y este cuerpo fué á establecerse en una fuerte posición cerca del Briar-Creek; pero eran milicias nuevamente alistadas: fueron atacadas y derrotadas el 3 de marzo de 1779. Perecieron muchos y no volvieron cuatrocientos de ellos á las banderas del jeneral Lincoln.

Aun durante estas últimas expediciones se había sentido mas vivamente la necesidad de someter por fin á reglamentos invariables el orden y la disciplina de las tropas, é introducir uniformidad en sus operaciones. Tal fué el objeto de una ordenanza que publicó el congreso el 29 de marzo. Abrazó todos los pormenores del servicio militar, el armamento y equipo de los oficiales y soldados, la organización de las compañías, la de los rejimientos, la instrucción de los reclutas, el ejercicio por compañías, por batallones, la formación y el acto de desplegar las columnas, los cambios de frente, las marchas, los fuegos, las evoluciones de los cuerpos de ejército, la disposición de los campamentos y finalmente todas las partes de la teoría y todos los deberes propios de los diferentes grados.

Era aplicable esta ordenanza á la infantería; se hizo un trabajo análogo para las demás armas, y Washington se aprovechó de la interrupción de las grandes operaciones militares para extender y hacer practicar en su campamento estas reglas de servicio y de disciplina. Era entonces inspector jeneral el jeneral Steuben, antiguo oficial prusiano, naturalizado en los Estados-Unidos: se había formado en la escuela de Federico y conocia los grandes principios de la táctica. Entonces se hizo el servicio mas regular; la instrucción de los oficiales tuvo una guía y las tropas mas ocupadas se dedicaron mas á deberes que conocian mejor.

Lincoln procuraba entonces reparar sus pérdidas; hizo nuevos alistamientos en la Carolina, y cuando tuvo cinco mil hombres bajo sus órdenes, volvió á tomar la ofensiva, marchó sobre Augusta y entró en Jeorjia. Las tropas británicas que habían invadido este vasto país, solo ocupaban entonces las partes inferiores: allí había concentrado sus fuerzas el jeneral Prevost, y en lugar de marchar contra el jeneral Lincoln, de quien se hallaba muy distante, esperó decidirle á retirarse, haciendo él mismo una incursión en la Carolina. Las avenidas del río Savannah que tenía que atravesar formaban en sus orillas una larga línea de pantanos; pero logró salir de ellos, y hallando solo en su paso mil y quinientos hombres de milicias, forzó fácilmente este nuevo obstáculo. Una primera victoria aumentó su confianza, se dirigió rápidamente á Charleston con intención de aprovecharse de esta plaza con un golpe de mano y fué á sentar su campamento entre el Ashley y el Cooper, en cuyo confluente está situado Charleston.

Con todo, por mas rápida que fuese su marcha, los Americanos habían tenido tiempo para hacer pasar á esta ciudad un refuerzo de tropas. La guarnición se había puesto en estado de defensa; se habían compuesto las fortificaciones, se disponían las baterías, y no teniendo el jeneral inglés bastante jente para atacar la plaza, ni tampoco para mantenerse delante de fuerzas superiores que se adelantaban apresuradamente, se retiró en medio de la noche, tomando el camino del litoral: alcanzó esa reunión de islas que se estienden á lo largo de la Carolina, de la que solo están separadas por estrechos canales, y fué á acantonarse en la isla de Port-Royal, donde se hallaba en estado de recibir de la escuadra inglesa refuerzos y provisiones.

Por mucho tiempo conservó la Carolina funestas señales de la invasión tentada por los enemigos. Los Negros habían ayudado esta expedición con esperanzas de obtener la libertad que se les había prometido. Saquearon las habitaciones de sus dueños; des-

truyeron una parte de las plantaciones: y cuando los Ingleses se retiraron, engañados los Negros en sus deseos, fueron conducidos como esclavos á las colonias de las Antillas: otros perecieron miserablemente en los bosques, á donde iban á refugiarse para evitar el castigo de su rebelion.

Otra incursion probaron los Ingleses en las costas de Virginia: su objeto era destruir los almacenes de víveres, los depósitos de armas y de municiones, los barcos y las cosechas principales del pais: dos mil hombres, á las órdenes del jeneral Matthews, desembarcaron en medio del Chesapeake: devastaron las orillas del James-River, ocuparon Hampton, el fuerte Nelson, Portsmouth, Norfolk, y despues de haber asolado la costa, ganaron otra vez Nueva York, de donde se habian salido por orden del jeneral Clinton.

Este jeneral se proponia entonces una empresa mas importante: queria apoderarse de los fuertes de Verplank y de Stoney-Point, situados en las orillas del Hudson. La escuadra del comodoro Collier subió el rio con algunas tropas, y Clinton, que las mandaba, tomó tierra en la ribera occidental, donde sorprendió el fuerte de Stoney-Point, mientras que el jeneral Vaughan iba á atacar en la orilla opuesta el de Verplank, que despues se rindió sin resistencia alguna.

A esta noticia se aproximó Washington con su ejército, se estableció en las alturas que dominan al Hudson, y encargó al jeneral Wayne que volviese á apoderarse de Stoney-Point: este valeroso ataque tuvo feliz éxito; y como tan solo se proponia llevarse la guarnicion, la artillería y las municiones de este puesto, Wayne recibió orden de evacuarlo, despues de destruir las fortificaciones. Tambien probaron los Americanos de recobrar Verplank; pero no pudieron desalojar al enemigo.

Un destacamento británico, mandado por el jeneral Tryon, hizo luego un desembarco en las costas del Connecticut: se apoderó de Nuevo-Haven, redujo á cenizas Fairfield,

Norwalk y Greenfield, é hizo en todo el litoral un gran botin.

Hacia el mismo tiempo, el coronel Mac-Lean fué á establecerse y fortificarse en la embocadura del rio Penobscot que riega el territorio de Maine. Colocándose en la frontera nordeste de los Estados- Unidos, amenazaba á los paises vecinos con una invasion, y podia concertar el plan con las tropas británicas que aun ocupaban el Rhode-Island. Los habitantes del Massachusetts formaron el proyecto de reconquistar los puntos de que se habia apoderado Mac-Lean, y enviaron una escuadrilla á la bahía de Penobscot; pero conducida esta empresa con indecision, no dió resultado ninguno. Las tropas desembarcadas se atrincheraron en lugar de marchar rápidamente contra el enemigo; y cuando resolvieron ir á forzar sus posiciones, despues de haberle batido en brecha durante quince dias, fueron desalentadas por la repentina aparicion del comodoro Collier que venia de Nueva York con su escuadra: se retiraron por tierra apresuradamente, y los barcos que les habian conducido fueron cojidos ó destruidos.

Este resumen de las primeras operaciones de la campaña de 1779 demuestra que en el territorio de los Estados- Unidos se limitaban las tropas de ambas partes á expediciones parciales que, al mismo tiempo que causaban grandes perjuicios al pais, no podian influir sobre su suerte. La guerra iba cometiendo sus crueles destrozos de lugares en lugares; sin que se pudiese esperar que la paz pusiera aun fin á ellos.

Los Americanos aprovecharon el momento en que no les daban gran cuidado los armamentos de Inglaterra, para dirijir contra los Indios una expedicion jeneral que les imposibilitara por mucho tiempo de hacer daño. Aunque las crueldades cometidas contra la colonia de Wyoming no se pudiesen imputar sino á algunas tribus salvajes, se les consideraba á todas como ligadas entre sí por comunes sentimientos de odio contra los Estados- Unidos. Las seis

naciones colocadas entre los grandes lagos y las fronteras del Connecticut, de Nueva York, de la Pensilvania, habian tomado el partido de la Inglaterra en las campañas anteriores: se habian reunido al ejército de Burgoyne, y su barbarie habia aumentado los males de la guerra. Fué abrazado con enerjía el proyecto de atacar y destruir sus establecimientos: tres cuerpos de tropas debian invadir su territorio, subiendo las orillas del Susquehanna, del Mohawk y del Alleghany; y al mismo tiempo debia hacerse un falso ataque hácia el lago Champlain y el rio Sorel, á fin de entretener las tropas que se pudiesen enviar del Canadá para socorrerles. Sullivan mandaba el cuerpo principal encargado de penetrar por el Susquehanna en el pais de las seis naciones.

Desde luego se envió un destacamento contra los Onondagas que habitan las orillas del lago de este nombre. A la primera noticia, huyeron á sus bosques, y solo se alcanzaron unos pocos; pero sus habitaciones, cosechas y ganados fueron destruidos.

Todas las tribus de estas comarcas conocieron con esta expedicion el peligro que amenazaba á su confederacion entera, y corrieron á las armas; y algunos jefes, á fines del mes de julio, hicieron una incursion en las fronteras del estado de Nueva York, donde fueron devastadas las habitaciones y sorprendidos y desterrados algunos destacamentos americanos. Las fuerzas principales de los Indios se habian reunido en número de mil ochocientos hombres cerca de Newtown sobre el Susquehanna: habia con ellos doscientos cincuenta Europeos, y Johnson, Butler y Brandt dirijian sus movimientos. Habian levantado una gran trinchera delante de la línea que ocupaban: cubrian el frente un arroyo y una estacada, y las estremidades de la línea se apoyaban por un lado en la orilla del Susquehanna, y por el otro en una cadena de alturas cubiertas de bosques, en que se habian emboscado muchos Indios. Habiendo reunido Sullivan los dos cuerpos americanos

que habian subido el Mohawk y el Susquehanna, fué á atacarles el 28 de agosto: tenia entonces cinco mil hombres bajo sus órdenes; y despues de haber reconocido la posicion de los enemigos, procuró envolverlos quitándoles las alturas que dominaban su flanco izquierdo; al mismo tiempo se dirijia un vivo ataque contra su frente, y los Indios echaron á huir cuando empezaron á oír la fusilería detrás de ellos: la mayor parte se echaron en el rio, que atravesaron á nado; otros se fugaron á los bosques y perdieron poca jente; pero su derrota les habia desalentado: se dispersaron, llegaron en desorden á rejiones mas lejanas, y habiendo quedado su pais sin defensa, fué completamente devastado.

Una comarca inculta y pobre, en que solo se suponen rocas, rios, bosques, animales salvajes y los frutos espontaneos de la tierra, parece que no presenta motivo alguno á las devastaciones; pero hemos ya recordado que los Indios de esta rejion habian dado los primeros pasos hácia el estado social; estaban menos separadas sus chozas; se habian reunido en poblaciones en donde sus familias vivian cercanas las unas á las otras, y los cazadores y los guerreros se encontraban allí de vuelta de sus penosas expediciones. En las cercanías de sus wigwams habian emprendido tentativas de cultivo; el maiz, la batata, riquezas indijenas del pais, les proporcionaban las primeras cosechas; habian sembrado otras semillas; tenian árboles frutales y sus relaciones de cambio y comercio con los Europeos les proveian de los instrumentos aratorios y de los utensilios necesarios para sus primeras necesidades. Mandó Sullivan destruir en esta expedicion las poblaciones, las habitaciones aisladas, los trigos, los frutos, los ganados de un pais que entonces se convirtió en un vasto desierto, y la columna de las tropas que subia las riberas del Alleghany cometió los mismos estragos en las rejiones ocupadas por los Mingoos y los Shawaneseos.

Fué un doloroso espectáculo para

la humanidad ver así dirigirse otra vez hacia la vida salvaje un gran número de tribus que empezaban á gozar de mejor suerte. Si algunos jenerosos defensores de la raza proscrita levantaron la voz en su favor, sus aceatos de piedad no fueron escuchados, y se estendió á una raza entera el castigo merecido por algunas tribus. Pretendieron que todos estos pueblos no podrian ser jamás conducidos á la civilizacion y se atrevieron á presentarlos al mundo como degradados de esa dignidad moral é intelectual, cuyo sello gravó la Divinidad en la frente de todos los hombres.

En tanto que en América se seguia un sistema de hostilidades destructivas, el teatro de la guerra se estendia á las otras partes del mundo; habia alcanzado á todas las posesiones coloniales de la Francia y de la Inglaterra, desde el rompimiento que habia estallado entre ambas potencias, y esta nueva contienda parecia absorber momentaneamente su atencion. La Inglaterra se habia apresurado á aprovecharse de la superioridad de sus fuerzas en las Indias Orientales, para atacar allí las posesiones francesas, antes que pudiesen ser socorridas; y sus hostilidades empezaron en Asia en el mismo tiempo en que se acababa de dar en Europa el combate naval de Ouessant. El 29 de julio de 1778 habia salido el comodoro Vernon de Madrás para ir á bloquear la rada de Pondichery, mientras que el jeneral Munro, con las tropas de tierra debia poner sitio á dicha plaza: el 10 de agosto tuvo lugar un combate naval entre la escuadra de Vernon y la de Tronjoli que se encontraba entonces en la rada y que se dirigió á su encuentro. Fué indeciso el resultado de este combate y ambos comandantes volvieron á ganar la playa para componer allí sus buques. Tronjoli no intentó otro ataque, y diez dias despues se hizo á la vela para pasar á la isla de Francia.

Desde entonces se encontro Pondichery reducido á una débil guarnicion. Hacia algunos años se habia descuidado la composicion de las

antiguas fortificaciones para construir las nuevas que aun no estaban terminadas: estos trabajos incompletos hacian la defensa mas difícil. Habiéndose apoderado los sitiadores de una línea de circunvalacion que servia de limite á esta colonia, le cortaron toda comunicacion con la tierra; el 6 de setiembre empezaron el fuego de sus baterías, cerraron mas estrechamente sus avenidas, y condujeron su galería hasta el foso. El jeneral Bellecombe, que mandaba la plaza, la defendió durante cuarenta dias con trinchera abierta; pero viendo finalmente que muchos baluartes caian arruinados, que habia una brecha practicable, y que los habitantes estaban amenazados con todas las desgracias consiguientes á un asalto, capituló el 17 de octubre y obtuvo todos los honores de la guerra. La llegada durante el sitio de cinco navios de la compañía de las Indias habia reforzado la escuadra inglesa, que se apoderó sucesivamente de Chandernagor, de otras factorías francesas, situadas en la costa de Coromandel, y de Mahé, en la de Malabar.

Mas felices habian sido las armas de la Francia en las rejiones occidentales del Africa. El 30 de enero de 1779, una escuadra mandada por el marqués de Vaudrenil, habia tomado posesion de los fuertes y de las factorías de Inglaterra en la orilla del Senegal; y despues Ponteves de Gien le quitó sus demás establecimientos de la Gambia, de Sierra-Leone y de la costa de Oro.

Pero las expediciones dirigidas hacia las aguas de Africa y de Asia no tendian al objeto principal de la guerra, tan directamente como las operaciones marítimas que debian seguirse, tanto en Europa, como en América. A ellas queria dedicar el gobierno francés todos sus desvelos; deseaba no hallarse envuelto en una guerra continental; y viendo esta guerra ya encendida hacia muchos años entre el Austria y la Prusia, estaba interesado en apagar en Alemania un incendio que podia llegar á sus propias fronteras. Su mediacion, unida á la de la Rusia, reconcilió á

los beligerantes y consiguió hacerles concluir el tratado de Teschen, que fué firmado el 13 de mayo de 1779. Lo ratificó la dieta de Ratisbona, y se aseguró la pacificacion del continente.

La Francia estrechó con otras convenciones sus vínculos con muchas cortes de Alemania, y debemos citar entre estos actos el tratado de comercio que concluyó, el 18 de setiembre, con el duque de Mecklenburgo-Schwerin; tratado que consagraba los grandes principios, ya adoptados entre la Francia y los Estados-Unidos, sobre los derechos del pabellon, sobre los de los neutrales, y sobre todas las franquicias del comercio y de la navegacion. La corte de Mecklenburgo, con la cual estaban estipuladas estas cláusulas, no tenia, sin duda, un gran poder territorial y marítimo; pero era una de las familias de príncipe mas antiguas y mas ilustres: su situacion en el Báltico, sus alianzas con las cortes del Norte, le daban un gran peso en sus consejos, y los principios marítimos que adoptaba no debian tardar en encontrar en esta rejion de Europa jenerosos y poderosos apoyos.

Estendiendo sus relaciones amistosas con el continente, la Francia gozaba una completa seguridad en sus fronteras; conservaba la libre disposicion de sus fuerzas y reunió en las costas de Normandía y de Bretaña un ejército de treinta y cinco mil hombres, destinado á intentar un desembarco en Inglaterra; este tenia una numerosa artillería; debian formar su vanguardia cinco mil granaderos sacados de los diferentes cuerpos, y en los puertos del Havre y de San Maló se aprestaron los buques de transporte necesarios para esta expedicion. Advertida la Inglaterra de estos preparativos, tomó al momento medidas de defensa proporcionadas á la grandeza del peligro. El litoral fué armado de baterías; algunos cuerpos de tropas arregladas y de milicias fueron repartidos en diferentes puntos de la costa; debian reunirse á la primera señal: tenian orden de alejar todos los ganados y de sacar medios de subsis-

tencia de todos los lugares que el enemigo podria amenazar. Durante muchos meses se prolongaron las públicas alarmas. Jamás habia reinado mas actividad en los puertos de Francia; las tropas estaban entusiasmadas; se les ejercitaba para todas las maniobras de la expedicion proyectada. Se hacian otros preparativos en los puertos de España, y las cortes de Versailles y de Madrid, estrechando entre sí los lazos que habian formado en 1761 en su pacto de familia, estaban prontas á unirse para obrar de concierto contra el gobierno británico.

Primeramente la España habia procurado colocarse como mediadora entre la Inglaterra, la Francia y los Estados-Unidos, y despues de haber seguido inútilmente durante ocho meses una negociacion para reconciliarlos, se decidió á romper con la corte de Lóndres y la hizo entregar, el 16 de junio de 1779, una declaracion en que esponia sus numerosos motivos de queja. Recordaba que su pabellon habia sido insultado, sus embarcaciones saqueadas, sus posesiones de América amenazadas; que la Inglaterra habia incitado muchas naciones indias contra los habitantes de la Luisiana; que habia usurpado en el Darien y en las costas de San Blas los derechos de la soberanía, cometido hostilidades en la bahía de Honduras y denegado toda especie de reparacion por estos actos de violencia. La España se veia en la necesidad de recurrir á la fuerza de las armas para sostener sus derechos, y confiando en la justicia de su causa, esperaba no ser responsable ni á Dios ni á los hombres de las consecuencias de su resolucion.

Estaban prontos numerosos armamentos marítimos para apoyar esta declaracion; se habia puesto á las órdenes de Don Luis de Córdoba una escuadra de veinte y ocho buques; debia reunirse á ella la flota aprestada en Brest, y lo efectuó el conde de Orvilliers, el 25 de julio, hacia la isla de Cizarga, á la altura de la Coruña. El almirante francés, convertido en comandante de las escuadras combinadas, tenia entonces

bajo sus órdenes sesenta y seis navios de línea y otras muchas embarcaciones mas ligeras. Tres divisiones, cada una de quince navios, formaban la vanguardia, el centro del ejército y la retaguardia: delante de la armada marchaba una escuadra ligera, y otra escuadra de observacion seguia los movimientos de la retaguardia. Adelantándose la armada en este órden, levantó las áncoras para la Mancha, y se dirigió á las costas del Devonshire y de Cornuaille. Como jeneralmente le contrariaban los vientos de nordeste, maniobró durante mucho tiempo en aquellas aguas sin poderse acercar á tierra; finalmente se encontraba el 31 de agosto, al sudoeste de las islas Sorlingas, cuando á cinco leguas de distancia observó los pabellones de la flota británica que vijilaba y seguia sus movimientos. Entónces tuvo Orvilliers la esperanza de empeñarse en un combate, y al disponer su órden de batalla, encargó al conde de Guichen, comandante de la vanguardia, que corriese á colocarse entre las costas de Inglaterra y la flota enemiga; pero el almirante Hardy, que no tenia mas que treinta y siete embarcaciones, no quiso esponerse á un combate demasiado desigual en que le podia envolver el número; y las maniobras del conde de Guichen que iba á bloquear la costa, le determinaron á huir á toda vela. Conservaba una delantera de muchas leguas á la flota combinada que le persiguió inútilmente por espacio de veinte y cuatro horas hasta la entrada de la rada de Plymouth, á donde se refugió el 1.º de setiembre.

Aun permaneció Orvilliers en la Mancha por algunos dias, pero ningun otro suceso señaló su crucero; el mal tiempo, las enfermedades de sus tripulaciones, la falta de agua potable, y la averia de las provisiones le determinaron á dirigirse á la rada de Brest, donde volvió á entrar el 10 de setiembre, despues de haber estado en el mar durante ciento y cuatro dias. Fué severamente juzgada la campaña marítima que acababa de hacer. Se le acusó de no haber sacado bastante partido de las

fuerzas puestas á su disposicion; al mismo tiempo le imputaron el no haber interceptado dos convoyes del comercio británico, á saber, el de las islas del Viento, que llegó el 31 de julio á la rada de Plymouth, y el de la Jamaica que arribó ocho dias despues á la isla de Wight: sin embargo su entrada en la Mancha fué muy anterior á la del conde de Orvilliers, y su direccion habia sido demasiado distinta para que este almirante, que llegaba de las costas de España, pudiese encontrarlos en su travesía; pero los hombres caidos en desgracia son muchas veces acusados por la opinion pública de todos los sucesos que burlan sus esperanzas.

Las operaciones de la escuadra francesa que se encontraba entónces en las aguas de las Antillas, habian obtenido resultados mas favorables y decisivos. El conde de Estaing procuraba apoderarse de una parte de las posesiones británicas. En el mes de junio encargó al caballero Romain que atacase la isla de San Vicente con una escuadra de cinco navios y un destacamento de trescientos hombres. Verificóse el desembarco y fueron tomadas las alturas que dominaban el fuerte de Kings Town. Los Caribes, antiguos habitantes de la isla, bajaron de sus guaridas para unirse á los sitiadores, y el gobernador inglés entró en negociaciones para entregar la plaza. Entónces se descubrieron tres velas británicas que venian á traerle socorros. Romain se apresuró á ir contra esta escuadrilla; se apoderó de dos embarcaciones, hizo huir la tercera y volvió á tomar posesion de la fortaleza.

La llegada de una escuadra de seis buques, mandada por la Motte-Piquet, puso bien pronto al conde de Estaing en estado de emprender una expedicion mas importante. Salió el 30 de junio del Fuerte-Real de la Martinica con una flota de veinte y cinco velas y se dirigió á la isla de Granada, en la que desembarcó el 2 de julio. Tres columnas á la vez atacaron con vigor el fuerte del Hospital que dominaba la ciudad de San Jorje; las mandaban Estaing, el con-

de de Dillon y el vizconde de Noailles: á media noche tomaron el fuerte por asalto y en el que tenia lord Macartney una guarnicion de setecientos hombres, viéndose precisado á rendirse á discrecion.

Estaba terminada esta conquista en la que se señalaron las tropas con el mas brillante valor, cuando el 6 de junio se presentó el almirante Byron á la vista de la Granada: iba á desembarcar en la isla algunos refuerzos y no tenia noticia de que se hubiesen apoderado de ella. No tardó en empeñarse el combate entre ambas escuadras; y el almirante Byron, aprovechándose de la ventaja del viento, procuró dirijir su vanguardia hácia la entrada de la bahia de San Jorje; pero cuando supo con certeza que la isla estaba ocupada, al momento mandó alejar sus buques de trasporte que se dirijieron hácia San Cristóbal, recorriendo de mediodía á norte las aguas de este archipiélago; él mismo continuó combatiendo para cubrir la retirada de su convoy, y ambas flotas quedaron en presencia la una de la otra hasta la noche; entónces se alejaron los Ingleses, y al amanecer volvió á entrar el conde de Estaing en la rada de San Jorje. Habia sido maltratada la escuadra inglesa, y la de Francia, despues de haber reparado sus averias, se hizo á la vela y se presentó el 22 de julio en las aguas de San Cristóbal; pero no pudo sacar al enemigo de la posicion en que se habia retirado, y el conde de Estaing prosiguió su navegacion hasta Santo Domingo.

Le prescribian sus instrucciones que llevase á Europa doce embarcaciones y dejase las demás de la escuadra en Santo Domingo ó en la Martinica durante el invierno; pero las noticias que recibió durante su residencia en el Cabo Francés sobre los sucesos militares de los Estados-Unidos, particularmente sobre la situacion de los países del Sud, le decidieron á intentar una expedicion para recobrar Savannah, ocupada hacia ocho meses por las tropas británicas. Salió del Cabo Francés con veinte navios de línea y ocho fragatas, y se dirigió á las costas de Jeorjia, don-

de sorprendió un navío y tres fragatas inglesas. Así que los Americanos supieron su aproximacion por algunos buques que habia enviado á Charleston, el jeneral Lincoln mandó reunir un gran número de embarcaciones ligeras, con cuya ayuda pudo el conde de Estaing efectuar su desembarco á algunas millas de Savannah; y el 15 de setiembre se reunieron las tropas francesas y americanas que debian bloquear dicha plaza; la lejion de Pulawski formaba parte de este cuerpo de ejército.

En el entretanto, el jeneral Prevost, gobernador de Savannah, hacia venir cerca de él á toda prisa las tropas inglesas que se encontraban en diferentes puntos de la Jeorjia; se apresuraba á mandar componer las fortificaciones; y para tener tiempo de completar sus medios de defensa, finjó escuchar las primeras intimaciones que le hicieron los sitiadores y consiguió un armisticio de un dia, durante el cual pudo recibir los socorros que esperaba. La guarnicion constaba de tres mil hombres de tropas arregladas; el armamento de todos los negros le proporcionó un refuerzo de cuatro mil hombres, y los sitiadores se encontraron entónces en menor número. Con todo abrieron la trinchera que llegaba á estar, el 24 de setiembre, á trescientos pasos del camino cubierto: el 3 de octubre empezó el bombardeo; duró cinco dias y aruinó el interior de la ciudad, pero no dañó las fortificaciones. El conde de Estaing habia esperado reducir la plaza inmediatamente; veia acercarse la mala estacion; sus embarcaciones estaban ancladas en una costa poco segura; deseaba no tenerlas allí expuestas á los vientos del equinoccio cuyo influjo se sentia aun; y para acabar pronto una expedicion que le parecia demasiado peligrosa prolongar, resolvió dar el asalto, aunque no tuviese aun brecha abierta, ni tampoco estuviese acabada la trinchera.

En la noche del 9 de octubre se acercaron á las murallas las tropas francesas y americanas, mandadas

por Estaing y Lincola, y antes de amanecer, dieron el asalto al baluarte de Ebenezer; rivalizaban estas dos columnas en bravura y audacia; pero el ataque fué sostenido con igual denuedo. Las filas rechazadas volvieron muchas veces á la carga; y en una de sus escaladas, plantaron una bandera en la cima de los atrincheramientos, sin poderse mantener allí; el conde de Estaing y otros muchos oficiales fueron heridos, señalándose á la cabeza de sus tropas. Pero el ataque se debilitó al cabo de una hora; los Ingleses hicieron una salida; y el conde Pulawski, corriendo á colocarse entre ellos y las murallas de la plaza, con la esperanza de cortarles la retirada, encontró una muerte gloriosa al precipitarse sobre ellos con sus caballos lijeros. Todos los esfuerzos que hacían los sitiadores para vencer una resistencia tan obstinada y para renovar un asalto mortal, no hacían mas que aumentar su pérdida, que fué para los Franceses de setecientos hombres, y para los Americanos de cuatrocientos; y el ejército, despues de haberse mantenido aun delante de la plaza durante nueve dias, levantó el sitio el 18 de octubre. Las tropas americanas pasaron á la orilla izquierda del Savannah; y habiendo Estaing embarcado á los suyos, se hizo á la vela el 28 de octubre para irse á Francia con la mitad de la escuadra, en tanto que las otras embarcaciones iban á recobrar su estacion en las Antillas.

Si el valor de un jefe de ejército esparce tambien una especie de brillo en sus reveses, la expedicion del conde de Estaing merece citarse en la historia; pero al alabar la valentia del guerrero, se culpan las combinaciones del jeneral. ¿Se debía intentar una grande operacion marítima, en la estacion de las borrascas, sin poder contar con un abrigo para la escuadra, y se debía apresurar temerariamente un asalto, cuando no era aun dueño de las cercanias de la plaza? Las tropas de que se disponia manifestaron que sabian morir; pero no se les habia dado la posibilidad de vencer.

O no debía empezarse la empresa de Savannah; ó debía seguirse con mas constancia. El vencedor de la Granada habia hecho tener mucha confianza en su cooperacion, y de él esperaban los Americanos las mismas ventajas que en las aguas de las Antillas.

Sin embargo su aparicion en Georgia no dejó de influir en la continuacion de las operaciones militares. En otras orillas se podia intentar un desembarco; y el jeneral Clinton, comandante en jefe de las tropas británicas, creyó deber concentrar á su alrededor sus principales fuerzas, á fin de dirigirse en masa sobre los puntos que se verian amenazados; llamó al estado de Nueva-York el cuerpo de ejército que aun se hallaba en el Rhode-Island: sus diferentes apostaderos fueron abandonados el 25 de octubre, y los Americanos recobraron tranquilamente la posesion de un territorio en que los Ingleses se habian sostenido por mas de dos años. Este acontecimiento hacia prever que el teatro de la guerra iba á cambiar: libraba á los estados del nordeste de la cercanía del enemigo, pero no les abria libres comunicaciones con los del centro. Ocupaban los Ingleses Nueva-York y la orilla oriental del Hudson; los Americanos las alturas de la orilla occidental; y el ejército de Washington, destinado á defenderles, se estendia desde el Nuevo Jersey hasta la otra parte de West-Point, punto cuya importancia militar hacia muy notable y que luego debía adquirir nueva celebridad.

Al recordar los diversos acontecimientos que se sucedieron en el curso de esta campaña, no hemos tenido que citar la intervencion de los Estados-Unidos en grandes expediciones navales. En sus astilleros aun no se habia construido navio alguno de línea; y de ellos solo habian podido salir lijeros armamentos; destinados al corso, ó á la defensa de los puertos y de las radas, ó á algunas valerosas expediciones á las costas enemigas.

Ya se ha podido observar que desde el principio de las hostilidades

marítimas, los Americanos se habian lanzado con ardor en esta peligrosa carrera. Acostumbrados al mar como sus rivales, arrostraban todas sus fatigas con igual constancia, y no teniendo aun los mismos recursos navales de la Inglaterra, procuraban, en algunos combates parciales, arrancarla á lo menos una porcion de sus ventajas. En 1777 se habia visto á una escuadrilla americana, armada en el puerto de Boston, hacerse á la vela á favor de un viento de nordeste, que habia alejado de la entrada de esta rada á un crucero inglés, dirigirse rápidamente hácia el mar de las Antillas, y causar considerables daños al comercio de la Inglaterra con las Indias occidentales.

El bloqueo de una parte de los puertos de la confederacion no le impidió que al año siguiente pusiesen en el mar muchos armamentos que inquietaron la navegacion del enemigo; y mientras que las escuadras británicas cruzaban á la entrada del Chesapeake y del Delaware, los Americanos se abrian un paso mas al mediodia por la bahía de Albemarle, el estanco de Pamlico y el estrecho de Ocoak, y continuaron dando salida á sus armamentos en corso y á sus embarcaciones de comercio.

Entre los hombres que se hicieron célebres en estas expediciones marítimas debemos señalar á Paul Jones, Escocés de nacimiento, adicto al servicio de los Americanos, y citáremos entre sus mas memorables hazañas el combate que dió, el 23 de setiembre de 1779, al capitan inglés Pearson, que con dos fragatas escoltaba en el mar del Norte un convoy que venia del Báltico. La fragata de Pearson se estaba quemando y la corbeta de Paul Jones tenia muchas vias de agua: sin embargo ambos buques continuaron combatiendo con encarnizamiento, y llegaron tan cerca que se enredaron sus maniobras. Entonces quiere el Inglés intentar el abordaje; pronto el fuego de su buque se comunica á las velas americanas: un espantoso incendio aclara la noche que habria

terminado esta lucha sangrienta, y no por eso cesa el combate; finalmente en esta obstinada lucha queda vencido el capitan Pearson, que arria su bandera. Tambien se rindió la segunda fragata que navegaba de conserva con él, y Paul Jones quedó victorioso en su buque que hacia agua por todas partes; habia perdido trescientos hombres y la corbeta que habia montado se fué á pique la mañana siguiente. No sin gran trabajo condujo él mismo á las aguas del Texel el resto de su escuadrilla, desamparada y batida por la tempestad.

Quince dias despues tuvo lugar un combate, igualmente memorable, entre la fragata francesa la *Surveillante* y la inglesa el *Quebec*; pero fué mas funesto á sus capitanes Couedic y Farmer. Habian sido derribados todos sus palos, sin que se hubiese debilitado el furor del combate, y Couedic estaba cubierto de heridas; pero continuó mandando y peleando hasta el momento en que la fragata inglesa cojió fuego, y tan jeneroso como bravo, cifró todos sus afanes en salvar la tripulacion enemiga que acababa de arrojar al mar. No quiso el capitan inglés sobrevivir á su desastre; esperaba abordado la explosion de su fragata; se hundió con ella, y el capitan francés, victorioso y moribundo, volvió á Brest, donde no tardó en espirar.

Despues de haber trazado las calamidades de la guerra, se complace uno en descansar en actos mas consoladores para la humanidad. Entonces esperaba la Inglaterra la próxima vuelta del capitan Cook que habia hecho á las rejiones mas ignoradas del grande Océano sus inmortales viajes de descubrimientos: y Luis XVI, apreciando la importancia y el mérito de una empresa que interesaba á todas las naciones, habia mandado á todos los comandantes de las embarcaciones francesas que tratasen al capitan Cook como á un oficial de una potencia neutral y aliada; esta orden era del 19 de marzo de 1779: á aquella época no se podia aun saber en Europa el trájico y deplorable fin del navegante